

biese quedado á recibir la hospitalidad del dueño de la casa. No lo hacía por soberbia, sino por decoro.

—¡Qué hemos de hacer! concluyó Díaz después de un reñido diálogo. Puesto que no quiere usted aceptar ¡qué hemos de hacer!

—Otra vez, señor don Miguel, recibiré la honra; por hoy me retiro. Mil gracias por la fineza.

Diciendo esto se levantó, se despidió de Díaz, y, metiéndose en el coche, emprendió su camino lleno de tristeza.



XI.

**U**ANDO los mozos de don Miguel puestos en libertad por el presidente del municipio, volvieron al Chopo, fueron objeto de las burlas y chascarrillos de los demás rancheros.

—Hombre ¡dizque los sosprendieron dormidos? les preguntaban unos.

—¡De qué les sirvieron las armas y los caballos? ¡Pa entregar todo por parejo! decían otros.

Estas y otras zumbas por el estilo, los traían airados y discursivos. Uno de ellos sobre todo, Pánfilo Vargas, no podía tener un momento de tranquilidad, asediado por aquellas bromas, y martirizado por sus propios rencores. Siempre había sido *muy hom-*

bre, desde pequeño, y había sostenido su reputación contra todo viento y marea. Era la primera vez que hacía papel desairado en un lance de armas, y no podía resolverse á olvidarlo. Recordaba, sin cesar con ira desbordada, la manera brutal con que Roque Torres, sirviente de don Pedro, le había tratado en el Monte: parecíale que le estaba atando las manos todavía por detrás de la espalda, y repetía mentalmente aquellas palabras que le dijo él, Pánfilo, ciego por la indignación:

“—Apriétele más, amigo, que al cabo algún día nos hemos de ver y sabrá quen soy.”

Sentía en las canillas la ignominia de las ligaduras, y, á tal punto llegaba su preocupación, que se las examinaba con frecuencia, á ver si todavía conservaban la huella de las cuerdas.

Callado, cejijunto y siniestro anduvo algunos días. Sus compañeros acabaron de exasperarle diciéndole:

—¡Cuán *juido* te dejó la amarrada del otro día! Ya no tienes valor ni an siquiera pa hablar.

La situación era insoportable. Resuelto

á tomar venganza, solía decir en medio de su exaltación:

—Yo no me quedo con ésta, mas que me lieven los diablos.

—¡Pos qué vas á tomar el Monte? Necesitas llevar artillería, porque está muy bien cuidado, le decían.

—¡A mí que me importa el Monte!

—¡Pos qué quieres pues!

—Tomar mi desquite.

—¡Del dueño del Palmar?

—No, de Roque, que me amarró las manos y me trincó con todas sus ganas. Lo que es Roque me la paga.

Y no se le quitaba del pensamiento aquella idea, de que Roque se la había de pagar.

Supo un día que el tal estaba en el Monte de guarnición, en compañía de otros sirvientes de don Pedro. Ruiz les había hecho construir unos jacaes debajo de la arboleada; las familias de los mozos habían acudido á aquel sitio para acompañarlos, y había acabado por formarse una ranchería en aquel sitio, la cual aun subsiste, después de pasados los acontecimientos que relatamos. Tuvo don Pedro por conveniente mandar á Roque Torres á aquel punto, por la confian-

za que le inspiraba, pues sabía que era bravo, vigilante y fidelísimo. No faltó quien revelase á Pánfilo la vecindad de su *reval*, como ya le llamaban á Roque. Esta noticia le irritó más, y habiendo madurado sus planes, y sin decir nada á persona alguna, salió una madrugada de su casa, armado de pistola y machete, y montado en su buen caballo, que parecía tan impaciente como él por armar camorra.

Llegó temprano al lindero del Monte, y vió desde el otro lado del arroyo, las chozas de los guardianes. Pensó de pronto hacer repentina irrupción en aquella colonia, provocándolos á todos y retándolos á combate; pero le contuvo la reflexión de que podía ser burlado nuevamente, cogido, desmontado, desarmado y agarrotado. ¿Cómo, pues, hacer saber á Roque que le esperaba? ¿Si casualmente saliese por aquel rumbo y le mirase! Le haría una seña, y cuando se le aproximase, le diría cuántas eran cinco. Así trascurrieron varias horas. Salió el sol, subió al cielo lentamente, y llegó casi al cenit. Desesperaba ya de su suerte, cuando vió llegar corriendo al arroyo, á un chico que perseguía un gallo prófugo. Es-

tívose quedo para no alarmarle, y cuando le vió cerca, díjole con la mayor naturalidad.

—Oyes, José ¿qué no has visto po ay á Roque?

—Si, señor, ay está.

—Díle que le hablo.

—Está güeno, contestó el chico llevándose el ave que había acabado de capturar.

Pánfilo le oyó gritar entrando en la rancharía:

—¡Don Roque! ¡Don Roque! ¡aquí le hablan!

—¿Quién es? dijo una voz.

—Un señor, contestó el chico. Está del otro lado del arroyo.

Momentos después apareció Roque caminando á pie en aquella dirección.

—Amigo, díjole Pánfilo saliendo de su escondite, yo soy quen le precura.

—Buenos días le dé Dios, amigo don Pánfilo, contestó Roque ¿Pa que soy güeno?

—Tenemos que arreglanos de cuentas. ¿Tan presto se le ha olvidado?

—¿De qué cuentas?

—De las pendientes.

—No tengo con usted ningunas cuentas.

—¡ Adiós! ¿ luego ya no se acuerda de la amarrada que me dió en el Monte, cuando llegó *en bola* con don Pedro y sus sirvientes?

—Sí me acuerdo; pero eso nada quiere decir.

—Pa usted será; lo que es pa mí sí quijo decir muncho. ¡ Cómo que todavía no se me quitan las señales del mecate con que me amarró! Y mostró á Roque ambas canillas.

—Pos dispéñseme, amigo; el que es mandado no es culpado. Ya vido como el amo don Pedro me dió esas órdenes.

—Sí, pero usted me trincó con munchas ganas; se conoce que me quijo mortificar al de veras. Usted siempre me ha tenido idea.

—Ni por pienso; nunca se la he tenido.

—Por eso le dije: “apriétele más, amigo, que alcabo algún día nos hemos de ver y sabrá quen soy.”

—Perc yo no le hice aprecio, porque los hombres, cuando están dados, pueden decir lo que queran.

—Y ahora se lo repito de hombre á hombre. He venido á cumplile lo prometido.

—Por eso, pues, ¿ qué es lo que quiere?

—Lo que quero es que nos rajemos la alma; no se haga del desentendido.

—Pero hombre, amigo, ¿ pa qué son esas cosas? Lo que pasó voló; dispéñseme!

—¡ Que le dispense su señora madre! Lo que soy yo no le dispenso.

—Lo que vengo viendo es que es usted muy faltoso, y que le gusta encajarse cuando lo tratan con política.

—Lo trato como debo pa quitale lo sordo.

—A mí naiden me mienta á mí señora madre.

—Pos yo seré el primero, y no sólo á ella, sino á su padre, y á sus agüelos y á toda su parentela.

—¡ Lo que tiene usted es que es muy desgraciado!

—¡ Muy hombre es lo que tengo!

—¡ Qué hombre ha de ser; es puro collón!

—¡ Collón será usted jijo!.....

Y quedaron frente á frente, mirándose ambos de hito en hito. A medida que se hacía más vivo el diálogo, aproximábanse el uno al otro, hasta ponerse casi juntos. Al oír Roque la última frase de Pánfilo, no

pudo contenerse, y se precipitó sobre él. Con la mano siniestra procuró asir la brida del caballo, mientras con la derecha se apoderó de la culata de la pistola que pendiente del cinto llevaba el contrincante; pero ya éste había sospechado la agresión. Levantó la rienda, é hincando espuelas al caballo, hízole salir disparado. El bru'to atropelló á Roque y le derribó; pero se levantó en el acto el ranchero, y cuando Pánfilo arrendó el caballo para volver sobre él, estaba ya á buena distancia por el cauce del arroyo. Enfurecido Pánfilo echó mano á la pistola.

—Está güeno, amigo, objetó Roque con sangre fría, así se encajará con los desarmados.

—¿Pos quen le manda andar desaproveñado?

—Si tantas ganas tiene de que nos matemos ¡cómo no me aspera mientras traigo mi trunfo!

—Lo que quere es irse á cansar con los otros.

—Miente. Lo que quero es ir y volver pa quitale lo hablador.

—Vaya, pues, y no se tarde, porque si nó,

me meto entre sus compañeros, y le doy una cintareada delante de ellos.

—Es usted muy argüendero y se lo voy á probar.

—Nomás no haga escándalo. Es necesario que sea hombre siquiera una vez en su vida

—Amigo ¡paqué son tantas palabras? Parece vieja en lo chismoso.

—Vaya y güélva pronto jijo....

Pasó Roque el arroyo y se metió en la ranchería. Trascurrió un rato y no volvía. Pánfilo comenzó á creer que no acudiría á la cita porque tuviera miedo; pero á poco oyó un silbido hacia abajo de la ladera y vió á Roque á caballo, golpeándose el pecho con arrogancia, como diciéndole:

—¡Aquí me tiene á sus órdenes!

Al verlo, voló Pánfilo á su encuentro.

—Hora sí, dijo Roque, aquí me tiene pa servile y dale gusto en cuanto se le ofrezca.

—Pos ya sabe lo que se me ofrece, que nos demos una buena agarrada.

—Me parece que estamos bien aquí, á lo solo.

—Pos entonces haga ganas, exclamó el impetuoso Pánfilo, sacando el revólver.

—Oígame, observó Roque sacando también el suyo; si de veras tiene ganas de que nos matemos, no sea tan escandaloso. Meta la pistola y saque el machete.

—Yo haré lo que me dé la gana ¿le tiene miedo al trueno?

—Usted es el que ha de querer hacer ruido para que nos oigan y vengan á despartarnos. Si no nos acertamos á los primeros plomazos, ya no hubo nada, porque viene la gente y nos separa. ¿Eso es lo que quiere?

—Puede que tenga razón, repuso Pánfilo. Pos entonces no hay que perder tiempo. ¡A lo que venimos, venimos!

Sacaron los machetes, apostrofáronse, enderezaron los caballos de frente, y se lanzaron el uno contra el otro, descargándose golpes redoblados, y buscando medio de herirse. En el silencio del campo, y en lo escondido de la hondonada, no se oía más que el choque de los aceros y el furioso resoplar de los brutos. Varias veces se apartaban los combatientes obligados por los quiebros y saltos de las cabalgaduras; pero pronto las reducían á la obediencia. Aproximábanse tanto á ocasiones, que no podían ha-

cer uso de la hoja de las espadas, y se golpeaban rudamente con las empuñaduras. Lo inútil de la lucha los exaltaba; los caballos jadeantes, espumantes y cubiertos de sudor, parecían fieras.

Exasperado Pánfilo, inclinó la cabeza para cubrir el rostro con el ancho sombrero, y dirigiendo la punta del machete al pecho de Roque, aflojó la rienda é hincó espuelas al caballo. No tuvo tiempo Roque para apartar el suyo; pero con la agilidad que da el instinto de la propia conservación, y sin saber cómo, echó el busto rápidamente al lado opuesto, y pasó el arma sin herirle, aunque desgarrándole la camisa y la chaqueta. Y como había levantado la diestra maquinalmente, dejola caer sobre la cabeza de Pánfilo, en el momento en que éste pasaba como una exhalación junto á él. El golpe fué rudo y estuvo á punto de derribar á Vargas; Roque creyó que le había hendido el cráneo.

Pero traía Pánfilo el pañuelo colorado de grandes dimensiones y una gruesa caja de cigarros dentro del sombrero. Sobre aquel cojín cayó el filo del arma, y se amortiguó el golpe; á no ser por esto, allí quedara exánime el vehemente rancharo. No salió ileso

con todo. Al lado izquierdo de la cabeza, sobre la oreja, penetró el filo produciéndole una larga herida, que le cubrió el rostro de sangre.

—¡ Ya lo ve, amigo, exclamó Roque al verle; pa eso quería que nos diéramos una agarrada!

—Todavía falta, respondió el herido con voz ronca; todavía no estoy dado.

—¡ Pos qué más quere!

—Lo que quero es que me acabe de matar. Au tengo juerzas pa seguir la trifulca. Hora lo verá como todavía le sirvo.

Bajó del caballo, recogió el sombrero, desdobló el ancho pañuelo y se lo ató fuertemente á la cabeza, formando un nudo con las puntas sobre la frente. Así no le cegaba la sangre.

—Ahora vamos á comenzar otra vez, dijo Pánfilo montando á caballo de nuevo.

—No, amigo, yo no peleo con los hombres imposibilitados.

—Eso no le importe; yo sé lo que hago. Estoy juerte y puedo dale gusto.

—Lo que sey yo, ya no peleo.

—¿ De modo que está juído y se cansa?

—No, sino que le tengo lástima.

—A mí naiden me tiene lástima! gritó Pánfilo.

Y sin más preámbulo, echose á escape sobre Roque con el machete enarbolado. Viose éste obligado á reanudar el combate, aunque con poca voluntad, y proponiéndose ya no atacar, sino defenderse. Pero la cosa iba de veras. Un machetazo de Pánfilo le mutiló el ala del sombrero; otro le rompió la teja de la silla. Hubo un instante en que el compasivo Roque se reputó perdido. Trozada una de las riendas, su caballo ya sin gobierno, púsose á girar sujeto sólo por la otra rienda. Pánfilo, ciego de furor y sin atender á nada, arremetió no obstante con gran furia.

Comprendió entonces Roque que la disyuntiva era ésta: morir ó matar. Respondió, pues, al ataque, con mandobles furiosos, aunque desordenados, en medio de los remolinos de la bestia espantada. Pánfilo intentaba acercársele, pero negábase su cabalgadura, y no era poderoso á vencer su resistencia. En medio de la refriega recibió aquella una cuchillada en el hocico. Pero se obstinó Pánfilo á tal punto y hundió tan hondamente las espuelas en los ijares de

la bestia, que al fin exasperada lanzóse adelante de un bote, arremetiendo contra Roque y su caballo. El choque fué rudo: ginetes y animales cayeron por tierra en revuelta pugna y confusión. Caídos, siguieron ofendiéndose los combatientes con los pies, con las manos, con la empuñadura de los machetes. Pronto estuvieron en pie, estropeados, cubiertos de polvo, descoloridos, horribles. No parecían hombres, sino bestias feroces.

Los caballos abandonados á sí mismos, emprendieron la fuga luego que pudieron levantarse. Corrieron desbocados por la ladera, haciendo un ruido espantoso con los cueros de las sillas, que sacudían sobre los lomos, y con los estribos que azotaban contra los troncos de los árboles. Pronto desaparecieron en lo más enmarañado del bosque. Oyose por algunos momentos el rumor de su fuga; pero muy luego se desvaneció en la distancia, y todo quedó silencioso.

La lucha no podía prolongarse, porque los combatientes estaban agotados. Apenas podían moverse; pero no querían rendirse, pues aunque les faltaban las fuerzas, sobrábrales el coraje.

El azar resolvió al fin la contienda

Cuando Roque levantó el brazo para descargar un machetazo á Pánfilo en la cabeza, éste acudió rápidamente á la parada, evitando el hendimiento del cráneo. Mas no paró con la hoja, sino con la empuñadura, y el arma pesadísima de su antagonista le amputó los dedos menores. Con esto cayeron al suelo tanto la espada como los dedos tronchados; tinta en sangre aquella, estos lívidos y convulsos.

—¡Hora sí perdí! exclamó el herido con gesto de dolor.

—Se lo dije, amigo, repuso Roque consternado. ¿Qué necesidad había de esto?

—Es cosa de la mala suerte; como pude ganar, pude perder. Usted me ha redotado á lo hombre: no dirá que nó.

—¡Como lo he de negar! La verdad tiene usted mucho corazón. Déjeme amarrarle la mano con el paño, á ver si se le contiene la sangre.

Diciendo esto envolvióle Roque la mano con su enorme pañuelo.

—¿Pa onde quere que lo lleve? preguntó. Usted no puede caminar solo.

—Váyase y déjeme; no sea que lo pongan preso, repuso Pánfilo.



—Masque me suman en la cárcel, no lo he de dejar.

—Pos entonces, ayúdeme á llegar hasta cerca del Chopo. Cuando estemos á una vista de la hacienda, se degüelve.

—Hasta onde quiera; vamos caminando.

Se pusieron en marcha. Pánfilo avanzaba penosamente; se quejaba y tenía sed. Deteníase con frecuencia para beber en los arroyos y Roque le daba agua en el hueco de su mano.

—Amigo, le dijo, me da grima velo tan mortificado.

—No le dé; yo tengo la culpa, y no me canso.

—Más valía que no nos hubiéramos agarrado.

—¿Pa qué hablamos de eso? Hora ya no tiene remedio.

Llegó el herido á no poder caminar. Apoyado en el brazo de Roque adelantaba lentamente; al fin fué menester cargar con él como si fuera un niño. Así llegaron á la vista del Chopo. Pánfilo no quiso que Roque le llevase más léjos.

—¡Que Dios se lo pague! le dijo. Déjeme en esa piedra y váyase de priesa, no lo vayan á agarrar.

—Masque me agarren ¿cómo se queda solo?

—A cada rato pasan po aquí los piones con sus mujeres; ellos me conducirán á mi casa. ¡Váyase!

—Güeno amigo, pos usté lo quere, se hará; pero en antes necesito una cosa; si nó, no me voy.

—¿Cuál?

—Que seamos güenos amigos pa lo de adelante.

—Con mucho placer; de aquí pa delante.

—¿No me guarda rencor y olvida los sucesos sucedidos?

—¿Por qué se lo había de guardar?

—Por lo que le jice.

—Jué á lo hombre; eso nada quere decir.

—Entonces deme la mano güena.

—Aquí está, contestó el herido tendiéndole la izquierda calenturienta. Roque la estrechó con efusión.

—Dios quiera que se alivie presto, murmuró.

—De la mano manca, agregó el herido procurando contraer la boca pálida y seca, con una triste sonrisa.

—¡ Que se haga la voluntad de Dios! repuso Roque con dolido.

Oyose en esto un silbido detrás de una cerca.

—Ya es hora de que se vaya, dijo Pánfilo. ¿No vé que vienen?

Apenas podía hablar; estaba á punto de perder el conocimiento.

Roque vacilaba.

—¿Cómo lo dejo? decía.

—Váyase si quiere que seamos amigos; si no, quédese.

—Entonces me retiro.

—Adiós, y corra mucho pa que no le den alcance.

—¡ Adiós, pues!

Ya era tiempo. Apenas se alejó, aparecieron varios peones, que salieron al camino saltando sobre los vallados. No tardaron en ver á Pánfilo.

--Amigo ¿qué tiene? le preguntó uno de ellos.

—Estoy malo, contestó.

—Tiene mucha sangre, observó el otro. Está herido.

—¿Quen lo golpió?

—Llévenme á mi casa, por amor de

Dios, exclamó Pánfilo con acento lastimero.

—¿Quién fué el causante?

—No puedo dicilo, llévenme..... Y se quedó exánime.

Asustados, llamaron á sus compañeros con agudos silbidos. A poco se presentaron varios acudiendo de diferentes direcciones. Improvisaron unas parihuelas con ramas de árboles y frazadas; colocaron al herido en aquel lecho portátil, y cargaron con él á cuestas. Formando cortejo llegaron al Chocho en breve espacio.

Indescriptible fué la emoción que produjo en la ranchería ver á Pánfilo en aquel estado. De pronto le creyeron muerto. El curandero del lugar, ranchero toseco, pero habituado á ver heridos y muertos (resultado común de bodas y fandangos) declaró que no estaba más que desvanecido. Desvendole la cabeza y la mano, y le administró la primera curación, mientras á todo correr fueron á llamar al médico de Citala.

La mujer de Pánfilo no cesaba de dar gritos lastimeros.

—Bien me decía el corazón, que algo le

había sucedido, dende que vide llegar el caballo solo á la juerza de la carrera.

—No tenga cuidado, asosíéguese, repuso el ranchero. No está muerto ni se va á morir. Quedará manquito nada más.

—¡Anque sea manco lo quero, sollozó la pobre mujer, es tan güeno conmigo y con sus hijos!



XII.

**E**AN luego como don Miguel tuvo conocimiento del suceso, montó en cólera furiosa. Para él no cabía duda que su compadre había mandado asesinar á Pánfilo por fiel y valiente. Su primer cuidado fué trasladarse á la cabecera del enfermo. El pobre hombre, á pesar de estar aletargado por la fiebre, y sufriendo horribles dolores, tuvo que someterse á un pesado interrogatorio, cuyo objeto era sacar en claro la delincuencia de Ruiz. Pánfilo se negó obstinadamente á autorizar esa consecuencia, y aun se encerró en absoluta reserva con respecto á su agresor.

—No quieres decirlo porque le tienes miedo á mi compadre, le replicó don Miguel; no temas, yo te defiendo.